

***Discurso en la reunión ceremonial en la Academia Militar  
del Ejército Rojo Obrero y Campesino dedicada al cuarto  
aniversario de la academia***  
**León Trotsky**  
**7 de diciembre de 1922**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Speech. At the Ceremonial Meeting in the Military Academy of the Workers’ and Peasants’ Red Army Devoted to the Fourth Anniversary of the Academy, December 7, 1922”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 7 de diciembre de 1922. *Krasnye Zori (Amanecer Rojo)*, abril 1923, ¿número?)

Cuando se escriba la historia de nuestra academia (que probablemente no será muy pronto), se verá cómo las difíciles condiciones bajo las que la academia ha vivido y se ha desarrollado han reflejado las dificultades de nuestra existencia soviética en general.

La academia es aproximadamente un año más joven que nuestra república soviética. Ahora, por supuesto, en el cuarto aniversario de su existencia, podemos y debemos mirar hacia adelante en lugar de mirar hacia atrás. Porque, mientras que la república soviética y nuestro Ejército Rojo son jóvenes, la academia, que es en esencia una cierta condensación científicamente organizada de toda nuestra experiencia, pensamiento y práctica militares, y, por así decirlo, la corona de nuestro edificio militar, es, por supuesto, especialmente joven. Y es totalmente apropiado que mire hacia el futuro.

Cabe preguntarse: ¿dará la historia tiempo suficiente a nuestra academia para desarrollarse, ya que, en el mismo momento de la conmemoración de nuestro aniversario, de nuestra celebración conjunta, se está reuniendo en Moscú una conferencia sobre el desarme? Esta cuestión se ha planteado muy seriamente, por lo que a nosotros respecta. Seguramente habrán leído en los periódicos la propuesta que el camarada Litvinov ha presentado en nombre del gobierno soviético: reducir el Ejército Rojo, en los próximos año y medio o dos años, ni más ni menos que en tres cuartas partes de su tamaño actual, es decir, de 800.000 a 200.000 hombres. Al mismo tiempo, nuestros diplomáticos han dicho que ésta no es una cifra máxima, que estamos dispuestos a presentar propuestas aún más radicales para la reducción del ejército. A este respecto, algunos de ustedes se preguntarán, y no sin razón, si tiene algún sentido que desarrollemos y fortalezcamos la Academia Militar del Ejército Rojo, si el ejército, en general, se encamina hacia el desarme.

Camaradas, consideremos si hay motivos para tal optimismo... Digo “optimismo” porque, por supuesto, si las condiciones se dieran de tal manera que pudiéramos disolver el ejército, liquidarlo por completo, eso sería una gran ganancia para nuestro país. Desgraciadamente, no es el caso. De los cautelosos ecos de los trabajos de la conferencia de Moscú que encontramos en nuestra prensa podemos decir ya con toda certeza, aun siendo bastante ignorantes de lo que ocurre tras los muros diplomáticos, que no habrá desarme.

Ya saben cómo se ha planteado esta cuestión. Al proponer el desarme continuamos aquí la política que se expuso con toda claridad en Génova. Propusimos proceder directa e inmediatamente al desarme material o, al menos, a la máxima reducción de las fuerzas armadas. La otra parte respondió que el desarme material debe

ir precedido del desarme “moral”. Me resulta difícil explicar lo que se supone que significa el desarme “moral”, pero, tal como se ha interpretado, debe significar en cualquier caso un conjunto de medidas que evitarían la empresa del desarme material y no obstaculizarían el mantenimiento de un ejército numeroso y bien equipado.

Basta mencionar quién fue el que inició e ideó esta delicada expresión, “desarme moral”, a saber, Francia. Cuando, en el último congreso (creo que fue) de la Sociedad de Naciones, en el que algunos pacifistas británicos anticuados como lord Cecil [sic] [se refiere a lord Robert Cecil] (personas de mentalidad muy piadosa pero que absoluta e indudablemente no entendían nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor en Génova) plantearon el propósito fundamental de la Sociedad, a saber, el desarme, se encontraron con el imperialismo francés. El desarme, se dijo, debe iniciarse, por supuesto, pero debe iniciarse mediante una “cuidadosa preparación”, mediante un desarme “moral”. Si tenemos en mente la política del imperialismo francés, lo más fácil es entender el desarme moral como el desarme... abandonando toda moralidad social y política. Pero no discutamos los aspectos delicados de la política francesa. Para nosotros es suficiente que Francia, aunque proponga el “desarme moral”, haya conservado hasta hoy su numerosísimo ejército y no vaya a renunciar a él. Francia ostenta sin duda la hegemonía y la primacía en poderío militar en Europa. Por lo tanto, repito, desarme moral, significa un conjunto de medidas, frases, ficciones y trucos tales que puedan constituir un pretexto para conservar grandes fuerzas armadas.

Ahora se nos presenta de nuevo, en respuesta a nuestra propuesta de desarme material, un programa de desarme “moral”. Y esto después de la experiencia de Génova. En Génova nuestra propuesta ni siquiera se incluyó en el orden del día... La experiencia de Génova fue precedida, de forma bastante significativa, por la experiencia de Washington (en la que no estuvimos presentes), donde las potencias navales fuertes discutieron, por iniciativa de los Estados Unidos, un programa de reducción del armamento naval. Este programa se concibió de tal manera que asegurara, en mayor o menor grado, la hegemonía naval de los Estados Unidos, en lugar de la antigua y tradicional hegemonía naval de Gran Bretaña. El programa que allí se ideó y adoptó se articuló de una manera muy astuta y compleja, pero su principal rasgo distintivo es, como los gobernantes de Norteamérica están observando ahora, que ni una sola de las potencias ha dado ningún paso para llevar a cabo este programa. Washington y Génova: ahí están los últimos esfuerzos mezquinos del pacifismo capitalista.

Siempre hemos defendido y seguimos defendiendo que, mientras exista la sociedad de clases, las guerras son inevitables. Pero siempre hemos declarado que, en interés tanto de la política como de la pedagogía, estamos dispuestos a apoyar sincera y consecuentemente la aplicación a fondo de todas las iniciativas pacifistas, en parte porque con ello quizá consigamos algunos éxitos limitados en la cuestión de aligerar la carga del armamento. Y también, por supuesto, para demostrar que un aligeramiento de la carga armamentística, por no hablar de su abolición, es inconcebible mientras no se haya liquidado toda la carga histórica constituida por la explotación de clases. En Génova, nuestro programa de desarme ni siquiera se incluyó en el orden del día. Entonces dijimos que estábamos dispuestos a tomar de nuevo esta iniciativa, junto con cualquier combinación de estados y en cualquier lugar. Y de Génova el camino llevó a Moscú.

Esta conferencia aún no ha terminado. Todavía no sabemos cómo terminará. Pero ya está claro que los estados que son nuestros vecinos occidentales, y que están bajo la dirección directa del militarismo francés, especialmente Polonia y Rumania (Polonia directamente y Rumania indirectamente, a través de Polonia) han venido aquí con la misma fórmula que el imperialismo francés propuso contra la reducción real de armamentos ya en Génova y en la Sociedad de Naciones. Este hecho atestigua que no hay

grandes esperanzas de que logremos éxitos muy sustanciales en la cuestión de reducir los ejércitos.

Hay otro gran intento (grande, en cualquier caso, por las masas implicadas) de reducir el armamento y prevenir la guerra, a saber, el intento que se va a llevar a cabo en los próximos días en La Haya. Debo decir algunas palabras al respecto. Mientras que Washington y Génova fueron intentos pacifistas de la diplomacia imperialista, en La Haya veremos, en los próximos días, intentos de los demócratas pequeñoburgueses de lograr la reducción de la carga armamentista y la eliminación de los peligros de guerra. En La Haya se reunirán, en los próximos días, representantes del agrupamiento sindical de Ámsterdam, dirigido, como sabéis, por los compromisarios de la democracia pequeñoburguesa, hombres que se consideran socialistas, junto con representantes de las cooperativas y representantes de los partidos socialdemócratas y de otros partidos cuyos programas incluyen la lucha contra el militarismo. Por supuesto, no se ha invitado a representantes de la Internacional Comunista. Pero los sindicatos rusos sí han sido invitados. Y como nuestros sindicatos y nuestro partido comunista son esencialmente uno, en La Haya se oirán discursos comunistas, y eso será bueno.

¿Qué significa la posición pacifista y antimilitarista de estos comprometidos elementos democrático-burgueses? Su posición fue formulada en Roma hace aproximadamente un año. La resolución de Roma dice: “Abajo la guerra, guerra contra la guerra, abajo el militarismo, lucha hasta el final contra la guerra, huelga general contra la guerra”. A los más viejos, a los que participaron en la lucha antes de la guerra imperialista, a los que participaron en la vida de la Segunda Internacional, todas estas fórmulas les serán extremadamente familiares... Un año, quizás un año y medio, o menos, antes de la guerra imperialista, se celebró en Basilea un congreso mundial en el que todas estas fórmulas fueron expresadas y promulgadas ciento y una veces, en circunstancias solemnes<sup>1</sup>. La huelga general se contrapuso al espectro de la guerra que se avecinaba. Pero cuando llegó la guerra, la Segunda Internacional se rindió miserablemente ante la consigna de defensa de la patria (y fue precisamente de la experiencia de la guerra imperialista de donde surgió la Tercera Internacional, esa nueva fuerza revolucionaria de la historia). Espero que los representantes de nuestros sindicatos y cooperativas en La Haya pregunten a los señores socialdemócratas: “Ustedes dicen que no permitirán que se repita la segunda guerra imperialista y amenazan con responder a la guerra con su huelga general, pero ¿qué pasa con el programa de “defensa nacional”, el programa de defensa de la patria que constituye todo el fundamento de la II Internacional? Si reconocen el derecho de cada país a defender su patria amenazada, ¿cómo pueden exigir que la clase obrera de ese país declare una huelga general, que inevitablemente desorganizará la defensa y, si tiene éxito, desmoralizará al ejército?”. Además, la mayoría de los representantes de los partidos que se reunirán próximamente en La Haya, en sus parlamentos votan a favor de los créditos militares solicitados por los gobiernos ladrones. Participan en bloques gubernamentales democrático-burgueses nacionales y, al mismo tiempo, como es característico de los demócratas pequeñoburgueses en general (de todo este “kerenskysmo” mundial), ¡temen mortalmente las consecuencias de esta política!... Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Kerensky conferenció con la II Internacional, publicó junto con Tsereteli un manifiesto “a los pueblos del mundo entero” y, al mismo tiempo, se agarró de una mano a Buchanan [Sir George Buchanan fue embajador británico en Rusia entre 1910 y 1918] y organizó la conocida ofensiva de junio, recordada por todos.

---

<sup>1</sup> “[Manifiesto del Congreso Socialista Internacional Extraordinario \(Basilea, 24-24 noviembre 1912\)](#)”, en nuestra serie [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales](#).

En estas contradicciones radica toda la esencia, toda la política de la II Internacional pequeñoburguesa, y lo veremos, claramente, en este congreso que va a comenzar en los próximos días. Votan a favor de los créditos de guerra, reconocen la defensa nacional y, al mismo tiempo, temen que esto desemboque en la guerra: guerra que debe seguir inevitablemente a todas sus políticas, guerra a la que contraponen la noción calva, miserable y abstracta de la huelga general.

Hemos visto cómo empiezan las guerras... ¿Es concebible que un país sin un poderoso movimiento revolucionario pueda responder al inicio de una guerra con una huelga general? Jamás. En un momento así, el estado moviliza todas sus fuerzas: es capaz de engañar al pueblo, de llevarle a todo tipo de ilusiones sobre las causas, los objetivos y las tareas de la guerra, siempre se presenta ante el pueblo disfrazado de cordero (todo estado afirmará que es víctima de una agresión, que tiene que defenderse). Este comportamiento ha sido constante desde que los pueblos comenzaron a estafarse mutuamente, y continúa hasta hoy, cada vez que los estados comienzan a luchar entre sí. Pero, ¿quién decide quién empezó la guerra? El historiador del futuro dirá que es una pregunta sin respuesta. Aquí siempre hay dos trenes que viajan el uno hacia el otro por los mismos raíles: ambos atacan y ambos defienden, y, en la práctica, la cuestión la decide el vencedor. Cuando Francia obligó a Alemania a arrodillarse, ella, aprovechando su victoria, ordenó a Alemania que “confesara”: “Yo fui el agresor”. Alemania se vio obligada a asumir la culpa. Francia dijo: “No te resistas, confiesa y firma la confesión”. Y Alemania firmó.

Así es como se resuelve la cuestión del ataque y la defensa. Y, por supuesto, si abordan ustedes seriamente la cuestión de la huelga general, tienen que decir: “Si queréis responder a la guerra con una huelga general, es decir, desmoralizar al ejército nacional en el momento crítico, entonces empezad con “una cosita”: negaros a conceder a vuestro gobierno créditos para el ejército, porque este ejército, al que queréis desmoralizar cuando empiecen a ponerlo a trabajar, demostrará no estar preparado para la guerra si antes le habéis negado los créditos. Debéis comenzar con la agitación contra la superchería burguesa, para después llevar a cabo la huelga general. Primero debéis llevar a cabo la agitación en los ferrocarriles, porque el transporte es de gran importancia en tiempos de guerra. Si os tomáis en serio la huelga general, debéis tener puntos de apoyo en los ferrocarriles, por no hablar del ejército, debéis concentrar allí vuestras células conspirativas... Comenzad”, dirán en La Haya los representantes de nuestros sindicatos, “con una propaganda sistemática contra vuestro gobierno burgués, y cuando comience la guerra, ¡ya veremos! Entonces quedará claro si podéis pasar inmediatamente al ataque o debéis actuar de acuerdo con el aparato revolucionario clandestino que tenéis: tal vez os veáis obligados a esperar hasta que el gobierno se debilite”... Esta posición, como saben ustedes, se desprende completamente del programa y de la táctica de la III Internacional.

Esto significa, camaradas, que la guerra no se liquidará mañana. Recientemente concluimos en Moscú el IV Congreso de la III Internacional. Durante el último año la Internacional ha crecido de manera extraordinaria, pero, aun así, no abarca a la mayoría de la clase obrera. La mayoría de la clase obrera estará representada en este congreso pacifista pequeñoburgués de La Haya: y, si esto es así, si todavía no es posible hablar seriamente de la toma del poder, entonces es necesario ganar a la mayoría de la clase obrera, al menos en Europa. El IV Congreso presentó un panorama de crecimiento notable, planificado y consciente del movimiento comunista, pero no un crecimiento tan rápido como hubiéramos esperado y como esperábamos hace cinco o cuatro años<sup>2</sup>. Al

---

<sup>2</sup> En nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#) y en esta misma serie de nuestras EIS [Los cinco primeros años de la Internacional Comunista](#) de L. Trotsky.

mismo tiempo, no podemos sino admitir que la burguesía de Europa y del mundo ha aprendido mucho, en parte gracias a la experiencia y a los huesos de nuestra propia burguesía rusa. En Italia hemos visto la victoria de la contrarrevolución, y también un intento claro [es decir, la ocupación de las fábricas en septiembre de 1920.] por parte del proletariado de tomar realmente el poder. Todo esto demuestra que los próximos diez años (o incluso no sólo una década) será una época de grandes convulsiones: revueltas, revoluciones, contrarrevoluciones y guerras. Mucho me temo que en nuestro siglo habrá muchas revoluciones y guerras.

Y es esto, camaradas, lo que responde a la pregunta de si vale la pena que estudiemos como es debido en la academia militar. Si realmente pudiéramos esperar que, aquí en Moscú, el camarada Litvinov llegue a un acuerdo con los representantes de nuestros vecinos occidentales sobre la reducción de los ejércitos, y que esta iniciativa sea luego imitada a mayor escala en el territorio de toda Europa y del mundo entero, podríamos tornarnos meditados respecto a la academia. Pero, si tomamos la cuestión en toda su perspectiva, tenemos que decir con certeza que vamos a tener que reducir nuestro ejército y luego ampliarlo (y otra vez reducirlo y otra vez ampliarlo). Y, siendo esto así, es absolutamente necesario que poseamos una muy valiosa condensación de pensamiento y experiencia militar. Al reducir el ejército, en la medida de lo posible debemos llevarlo al estado de una solución saturada; y en esa solución la academia debe ser el cristal más precioso. Todos hemos dejado atrás, por supuesto, el infantilismo del pacifismo: sabemos que la guerra, como la revolución, es un método extremadamente cruel y duro para resolver los problemas sociales.

Para no salir de la esfera de la diplomacia, mencionaré la diatriba pronunciada por Monsieur Colrat, representante francés en Génova, sobre las consecuencias de la revolución rusa, que condujo, según él, a la ruina total y a la indigencia económica en nuestro país. Hasta cierto punto, eso es cierto. Nuestra industria no ha producido en el último año más que la cuarta parte de lo que producía antes de la guerra. Nuestra agricultura es económicamente más primitiva y más capaz de resurgir, pero durante el año pasado sólo produjo unas tres cuartas partes de la cosecha media de antes de la guerra. ¿Qué prueba esto? Algo que sabíamos incluso sin la instrucción proporcionada por este experto financiero francés, a saber, que la guerra y la revolución son métodos extremadamente brutales y destructivos para resolver los problemas sociales. Pero no hay otros métodos.

En último análisis, la guerra y la revolución pueden competir entre sí como métodos. Mientras que la revolución es el instrumento para llevar a cabo las nuevas tareas de una clase progresista, avanzada e histórica, la guerra no es más que uno de los eslabones de la cadena de la revolución. Y, por el contrario, en toda revolución existe el otro lado de la barricada: allí lucha la clase que representa la contrarrevolución. En este caso, guerra y revolución han ido a menudo de la mano en la historia, sin que ninguna de las dos cediera ante la otra en cuanto a métodos brutales y efectos destructivos.

A este respecto, he estado repasando la historia de la Revolución Francesa y me he encontrado con hechos asombrosamente vívidos.

La Revolución Francesa, como ya es incuestionable para todo burgués filisteo, desempeñó un inmenso papel progresista. Abrió las puertas a toda la civilización contemporánea, con su poder, su ciencia y su técnica, etcétera. Y, sin embargo, esta Gran Revolución Francesa, en el curso de los diez años de su desarrollo, transformó a Francia en un montón de ruinas y en una arena de pobreza. Me topé, por ejemplo, con este hecho. Bonaparte, cuando todavía era Primer Cónsul, en el décimo año de la Gran Revolución Francesa, comprobaba cada día el número de sacos de harina entregados a París, que entonces tenía una población de 500.000 habitantes. París necesitaba 1.500 sacos de

harina cada 24 horas para mantener una ración de hambruna (¡nuestra ración soviética de los últimos años!) pero recibía entre 300 y 500 sacos. Así estaban las cosas en el décimo año de la revolución, la revolución que derrocó a la sociedad feudal y abrió las puertas al poderoso desarrollo capitalista, ¡con su técnica! Esto significa que la revolución, que Marx llamaba la locomotora de la historia, tiene como consecuencia más inmediata la ruina y la miseria. Y si comparamos la situación de nuestro Moscú, que tiene el doble de población, y que ahora está sólo al comienzo de su sexto año de revolución, con París, esa ciudad de medio millón de habitantes en el décimo año de su revolución, hay que decir que no nos vemos tan mal. Veo incluso que mañana van a celebrar ustedes una cena de gala para festejar el aniversario de la academia, lo cual es, por supuesto, prueba de una pequeña pero definitiva mejora de nuestra prosperidad material. En el tercer o segundo año difícilmente habríamos podido celebrar de esta manera nuestro entonces modesto aniversario.

Mientras exista la sociedad de clases, las guerras y las revoluciones son inevitables, tanto para resolver los problemas de la propia sociedad imperialista (hablo de guerra) como para derrocar a esa sociedad (hablo de guerra y revolución).

De esto se deduce, además, camaradas, que esta época será de décadas. Y puesto que, por voluntad del destino histórico, Rusia fue empujada a ocupar el primer lugar en este serio baile, y nuestro partido comunista y el gobierno soviético han sido colocados en la posición de ser los maestros del mundo en lo que se refiere a estas cuestiones, hay muchas razones para suponer que seremos, también en lo que se refiere a las cuestiones militares, los maestros de las revoluciones que están comenzando, los semilleros de conocimientos y experiencia militares para su uso... Y, por lo tanto, debemos estar preparados. Porque ahora tenemos que aprender, no sólo por nosotros mismos, sino también para el futuro, para las grandes batallas que comenzarán durante nuestra vida. No sé si terminarán durante nuestra vida: esperemos que terminen durante la vida de los más jóvenes de los aquí presentes.

A este respecto, quisiera subrayar otro punto. El militar de hoy no puede dejar de ser político y revolucionario, a menos, claro está, que sea contrarrevolucionario. En las épocas llamadas pacíficas, la política dominaba los asuntos militares de manera imperceptible, a hurtadillas, de modo que el militar se consideraba a sí mismo como un simple militar y nada más. Nuestra época ha trastornado todos los convencionalismos, ha desnudado todo tipo de relaciones: está demostrando, gráficamente, que la política domina los asuntos militares no menos que todos los demás aspectos de la actividad humana, obligándolos a servirla. El IV Congreso nos ha recordado, una vez más y de manera sorprendente, lo inadmisibles que es, en nuestra época, replegarse en el propio caparazón nacional. A pesar del encarnizamiento de los estados nacionales burgueses entre sí, a pesar de que toda Europa está dividida por barreras aduaneras y bayonetas, a pesar de ello, ¡nunca ha habido una época en la historia de la humanidad en la que la dependencia mutua de las naciones y de las clases haya sido tan estrecha, tan indiscutible, como en nuestros tiempos!

Este hecho encuentra su expresión en esa misma Internacional Comunista, en la que aparecen ahora las mismas consignas y métodos de acción para el trabajo en todos los países civilizados. Se ha hecho posible, en Moscú, en el Congreso de la Comintern, en este estado mayor político de la revolución mundial, examinar todos estos problemas (teniendo en cuenta, naturalmente, las peculiaridades locales y nacionales). Esencialmente, Europa, y en gran medida el mundo entero, se ha transformado en una arena de lucha de clases internacionalizada y unificada. De la lucha política que se ha agudizado surge la guerra civil, cuando llega el momento, y ésta también tenderá hacia un mayor grado de internacionalización. Esta guerra civil necesitará una dirección militar.

Y aquí, camaradas, debo subrayar un punto muy prosaico pero muy importante: el de las lenguas extranjeras. Quien en la academia esté todavía en condiciones (esto vale sobre todo para los camaradas más jóvenes) de estudiar lenguas extranjeras, de dedicarle un poco de más tiempo a ellas, debe y tendría que hacerlo, cueste lo que cueste. Camaradas, se acercan tiempos en los que una persona consciente que no conozca una lengua extranjera será como alguien a quien le falte el brazo o la pierna derecha o izquierda.

Vuestro estudio de las lenguas extranjeras debe convertirse, camaradas, en la expresión de la internacionalización de vuestros intereses, de vuestra psicología y de nuestros asuntos militares.

No hace mucho discutíamos sobre cuándo, cómo y en qué periodo debíamos crear nuestra propia “doctrina militar”. Ahora nos hemos vuelto un poco más modestos al respecto. Creo que es bueno que nos hayamos vuelto un poco más modestos. Pero precisamente en la medida en que nos dedicamos total y completamente a la elaboración práctica y teórica de nuestra experiencia, incorporando a este trabajo también la experiencia militar y política de occidente, y ampliando nuestros horizontes, precisamente en este proceso estamos, inconscientemente, sin proponernos este objetivo, preparando, grano a grano, los elementos de una nueva doctrina militar, que aparecerá no porque aquel, o usted, o yo nos propongamos la tarea de crearla sentados ante un escritorio, sino porque, en las nuevas condiciones en que trabajamos sobre nuestra vieja experiencia, aplicamos los métodos existentes y los modificamos de acuerdo con las nuevas tareas y las nuevas circunstancias. Y esta nueva doctrina militar que estableceremos trabajando sobre la vieja experiencia, y no fijándonos tareas quiméricas, será tanto más rica cuanto más amplio sea nuestro horizonte, cuanto más audazmente salgamos de nuestro cascarón nacional, cuanto más profundamente penetremos en la experiencia mundial. Y el instrumento para ello son las lenguas extranjeras. Por consiguiente, conocer al menos una lengua extranjera además de la propia, para poder utilizarla como órgano de relación con los demás, es un deber para el militar cualificado de nuestra época. Sobre otros asuntos, sobre nuestro trabajo puramente militar, no hablaré. La academia acaba de salir de un período muy doloroso. Hoy no hablaremos de eso.

He dicho que la política está por encima de los asuntos militares. Sin duda es así, pero si alguien piensa que la política puede “sustituir” a los asuntos militares, está muy equivocado. La política domina la literatura, el arte, pero la política no sustituye a la literatura ni al arte. La política domina en el sentido de que refleja la ideología de clase, penetra en todo y obliga a todo, desde las armas hasta los versos literarios, a servir a esta ideología de clase: pero eso no significa que si uno conoce la política de la clase obrera pueda fabricar un arma o escribir letras de canciones. Para eso hay que tener talento y formación, conocer las leyes de la prosodia, etc. Para seguir la vocación militar, hay que conocer las leyes de los asuntos militares y saber técnica militar. La política manda sobre los asuntos militares: pero, así como nosotros, por la falta de madurez de nuestra experiencia, nos inclinamos, hasta cierto punto, en todas las instituciones y en todas las esferas, a construirlo todo sobre la base de la política, y en consecuencia cometimos errores, así también, aquí también, muchos de nosotros seguimos inclinados a pensar que la política “sustituye” a todo lo demás, y que con este talismán en la mano podremos abrir todas las puertas. Esto no puede sino afectar a la academia. Sólo recientemente, en las últimas semanas y meses, se nos ha recordado, por una clase obrera que se ha hecho más fuerte, que, aunque la política gobierna sobre los asuntos militares, no ocupa su lugar. Los asuntos militares constituyen una esfera independiente que vive del análisis creativo, la investigación de errores, la corrección de errores y el desarrollo del conocimiento acumulado. Y la Academia Militar del Ejército Rojo es el laboratorio de esta experiencia

militar, de este conocimiento militar: ¡aquí, en la academia, se preparan los mariscales de la revolución!

En el cuarto aniversario de la Academia Militar del Ejército Rojo les saludo fraternalmente, camaradas, felicitándoles por los éxitos alcanzados, de los que todos nos sentimos orgullosos, teniendo en cuenta, por supuesto, las difíciles condiciones; que, sin embargo, no debemos exagerar en modo alguno. Les saludo y les invito a mirar hacia atrás, hacia los cuatro años transcurridos, y a mirar hacia adelante. Expreso mi firme certeza de que vuestro quinto año será más rico en trabajo y éxitos que el cuarto, y que el sexto será aún más glorioso que el quinto. Y concluyo mi saludo con el grito: ¡Viva la Academia Militar del Ejército Rojo, laboratorio de los mariscales de la revolución rusa y mundial!

Edicions Internacionals Sedov  
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)